

NÁUFRAGOS
Lifeboat
Alfred Hitchcock, 1944

TODO POR LA CAUSA

Una peculiaridad del cine de Hitchcock es hacer acto de presencia en algún momento. Otra, hacer el ridículo. Con frecuencia, el director que opinaba que los actores eran ganado solía extender esta consideración a los ocupantes del patio de butacas. Si rara es la película suya que alcanza el final sin haber provocado en uno o varios momentos del metraje un sentimiento de estupor, o de vergüenza ajena, en el espectador racional, en “Náufragos” esta sensación se produce ya desde el momento en que aparece en la pantalla el primer ser vivo: una mujer que ha sobrevivido a un naufragio con el peinado como recién salido de la peluquería, el abrigo de visón completamente seco, cada joya en su sitio y, por único deterioro, una carrera en una de sus medias, algo que, en medio de la enorme mortandad, parece ser lo único que la preocupa. Hecha la presentación del arquetipo femenino, sube al bote su antagonista, un hombre rudo, sucio y calado hasta los huesos. Seguidamente, se van incorporando diversos personajes tan estereotipados como los dos primeros hasta completar nueve personas a bordo. A partir de ahí, se suceden los diálogos de diseño, elaborados con la intención nada sorprendente de provocar fricciones o discursos inflamados.

Todo esto, en medio de unas situaciones mal planteadas y peor resueltas, que hacen penoso cualquier intento de crear, no ya suspense, sino la menor tensión. Una botella que se rompe al caer sobre la madera desde una altura menor de un metro. Una cámara, una máquina de escribir, unas cartas que se van por la borda de la manera más artificiosa. Una tempestad que dura el tiempo justo de la comprometida intervención quirúrgica. Una amputación sin anestesia, pero sin dolor: para evitar el sufrimiento del paciente basta con que se emborrache. A nosotros nos sacan una muela y estamos en un grito en cuanto se nos pasa el efecto del calmante. En cambio, al marinero herido, le dejan un muñón y parece que le hubieran limado un callo. ¡Qué efecto tan beneficioso el del alcohol para el hombre! Casi tanto como el del pintalabios para la mujer. Y hablando de hombres y mujeres, ¡qué celestinaje tan burdo! El romance almibarado entre la enfermera y el telegrafista, resuelto con un compromiso matrimonial; los encontronazos entre la periodista sofisticada y el austero comunista, resueltos con un beso tan frío como el agua que los cubre. Es todo tan ramplón. Y, lo que es peor, tan perverso. Porque, en el fondo, de lo que se trata es de manipular las conciencias con el fin de fomentar la germanofobia: “No hay nada que odie tanto como a los alemanes”, “Sólo piensan en matar, ¿qué se puede hacer con gente así?”, “No se les puede tratar como a seres humanos, hay que exterminarlos”. La consecuencia de tanto odio exacerbado es el linchamiento del alemán a manos del grupo, que actúa, según el propio Hitchcock, “como una jauría de perros”¹.

El director trata de justificar su posicionamiento: “*Lifeboat* estaba influida únicamente por la guerra. Era un microcosmo de la guerra. Quisimos mostrar que en aquel momento estaban presentes en el mundo dos fuerzas, las democracias y el

nazismo. Las democracias estaban en completo desorden, mientras que los alemanes sabían todos dónde querían ir. Se trataba pues de decir a los demócratas que les era absolutamente necesario tomar la decisión de unirse y agruparse, de olvidar sus diferencias y divergencias para concentrarse sobre un solo enemigo, particularmente poderoso por su espíritu de unidad y de decisión.”

El guion lo escribió Jo Swerling a partir de una historia de John Steinbeck (¡el mismo de *Las uvas de la ira!*): “En principio encargué este asunto a John Steinbeck y su trabajo resultó incompleto. Llamé entonces a un escritor muy conocido, Mac Kinley Cantor, que trabajó durante dos semanas... No me gustó lo que había hecho y cogí otro escritor, Jo Swerling, que había trabajado para Frank Capra. Acabado el guion y a punto de empezar la película, me di cuenta de que cada secuencia acababa sin ninguna tensión y entonces me esforcé por dar una forma dramática a cada episodio.”

“El film fue muy criticado. La famosa Dorothy Thompson, en su columna, dio a la película diez días para abandonar la ciudad. Lo que provocó tanta vehemencia contra esta película entre los críticos norteamericanos es que había mostrado a un alemán superior a los otros personajes. El ingeniero era prácticamente un comunista y al otro extremo había un hombre de negocios que era un fascista. Y en los grandes momentos de indecisión, nadie sabía qué hacer. [En cambio] el alemán había sido comandante de submarino; había pues todas las razones para pensar que estaba más cualificado que los demás para tomar el mando del bote.”

“No obstante, la película tuvo cierto éxito en Nueva York, aunque no fuese más que por el desafío técnico. Nunca dejé salir la cámara del bote, nunca mostré el bote visto desde el exterior [en realidad, sí que lo hace: en la primera secuencia, entre los restos del naufragio, emerge la figura del bote meciéndose en el agua] y además no había ni una sola nota de música [excepto las que salen de la flauta de George]. Fui muy riguroso.”

La obligada aparición de Hitchcock en la pantalla tiene lugar esta vez como ilustración de un método para adelgazar anunciado en un periódico que lee uno de los supervivientes. “Es mi papel favorito, y debo confesar que pasé largos y penosos momentos para resolver el problema. Había pensado en representar a un cadáver flotando a distancia del bote salvavidas, pero tenía demasiado miedo de ahogarme. Finalmente di con una excelente idea. En aquel momento seguía un régimen muy severo, avanzando penosamente hacia mi objetivo que era perder cincuenta kilos para descender de ciento cincuenta a cien. Así, decidí immortalizar mi adelgazamiento, y conseguir al propio tiempo mi papelito posando antes y después de la cura.”

Ya echado al monte, Hitchcock completó el año dirigiendo dos cortos de propaganda bélica para el ministerio de Información británico: *Bon voyage* y *Aventure Malgache*.

Náufragos fue nominada para los oscars al mejor director, mejor historia y mejor fotografía.

¹ Éste y todos los entrecorillados siguientes son extractos del libro *El cine según Hitchcock*, cap. 7. François Truffaut, 1966